

# Σ.Κ.Β.

BERNARDO\*ΜΟΝΤΡΟΥ



Ediciones  
**PENUMBRIA / KGB**  
[www.penumbria.net](http://www.penumbria.net)

Ilustración de portada tomada de  
<http://www.sticktiddlers.com>

Ciudad del otoño perpetuo, 2013

*penumbria*  
**PENUMBRÍA**



W . M . D .

Bernardo Monroy



**Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported**

**USTED ES LIBRE DE:**



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

**BAJO LAS SIGUIENTES CONDICIONES:**



Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Más información sobre esta licencia en  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

W . M . D .

Bernardo Monroy



**KGB**

*'My own garden is my own garden,' said the Giant;  
'any one can understand that, and I will allow  
nobody to play in it but myself.'*

Oscar Wilde, "The selfish giant"



Dos muchachos destruyeron toda una ciudad.

Los edificios convertidos en escombros. Las calles tapizadas de cadáveres. Fugas de gas, incendios y vehículos transformados en chatarra. Trozos de metal y cristal formando grotescas esculturas que recordaban las obras de algún artista pretencioso. Casas aplastadas. Nubes de polvo por doquier. Cascajo que quizás en algún momento fue algún muro. Camiones con las ventillas abiertas por donde emergían manos ensangrentadas de pasajeros desesperados por salir. Kilómetros enteros de destrucción de color gris urbano. Dos millones de personas muertas.

—Chale —susurró Santiago—. Y de pensar que los dos armamos todo este desmadre.

Lentamente, accionó los controles de la cabina de mando. El robot de treinta y cinco metros comenzó a moverse, haciendo a un lado edificios como si se tratara de cubos de unicel. El pavimento retumbó con cada uno de sus pasos. Al tripular a YMIR comprendía claramente por qué la gente era aficionada al género mecha: tenía una explicación completamente freudiana. Controlar un robot

humanoide del tamaño de un edificio y destruir lo que fuera con un simple manotazo. Eso sin mencionar su gigantesco y metálico falo, comentaba Christian, quien se había convertido en el copiloto (y en poco tiempo, piloto) de Santiago. Para ambos, la sensación de poder, de dominación, de destrucción, era tan inmensa que quedaba claro el amor de la gente por dibujos animados como *Mazinger Z* o películas como *Pacific Rim*.

—Ya destruimos toda una ciudad —dijo Christian—. ¿Ahora qué hacemos?

Lo dijo exactamente con el mismo tono de ociosidad que ocupa un adolescente que le llama a su amigo un domingo por la tarde, cuando los antros están cerrados y ya terminaron la tarea, no como alguien que controlaba un arma de destrucción masiva. Pinche Christian, pensó Santiago. Tú siempre tan falto de tacto.

Santiago miró la cabina de mando y toda la ciudad destruida desde la ventana que simulaban los ojos del mecha. Una mezcla de botones, computadoras de pantalla plana, radares y palancas. A su lado, Christian esperaba el momento de volver a pilotear al colosal robot. En tan sólo una semana los dos se habían convertido en los jóvenes de dieciocho años más peligrosos del mundo. Otro de los factores que seguramente fomentaron la destrucción era que se peleaban por el mando del titán, como dos niños que quieren el

juguete de moda o el cartucho de videojuego recién comprado en la tienda.

Y de pensar que todo comenzó con un porro de marihuana y una serie de anime comprada en un tianguis de películas pirata...

A decir verdad, todo había comenzado a mediados del 2024, cuando Ulysses McCarthy, Secretario de Defensa de Estados Unidos, anunció en una rueda de prensa que su país acababa de desarrollar una nueva W.M.D., es decir, un arma de destrucción masiva, o *weapon of mass destruction*, por sus siglas en inglés. Evidentemente, McCarthy no usó ese término textualmente, sino que lo suplió con los eufemismos tan característicos del gobierno republicano gringo. Los llamó “armamento usado para defender la democracia en casos de alerta roja” o alguna pendejada semejante. Tampoco dijo que el arma en cuestión sería para organizar matanzas y golpes de estado en países del tercer mundo... y no fue necesario, porque declaró a todos los medios del planeta que los inspiradores del arma fueron insignes hombres japoneses como Go Nagai, Hideaki Anno y Yoshiyuki Tomino. En cuestión de segundos todos los frikis, otakus y geeks del mundo sobresaturaron las redes sociales preguntando si se trataba de un mecha, los robots gigantes característicos del anime y el manga, protagonistas de series como *Gundam*, *Neon Genesis Evangelion*, *Robotech* o *Mazinger Z*. Por supuesto, entre la avalancha

de tuiteros y facebookeros que comentaron en el transcurso de los minutos que duró la conferencia, estuvo Christian, quien para su desgracia poseía las principales características de un fanático a la animación y el cómic japonés (“otaku, pendejo”, le corregía a cualquiera que no lo llamara por el término correcto. “Se nos dice otakus. O-ta-kus”), con problemas de obesidad, usando playeras con estampados de los principales personajes creados por Akira Toriyama y ni una gota de desodorante y adicto a la animación pornográfica, también conocida como hentai. Christian poseía un extenso conocimiento en animación, pero era inversamente proporcional a su capacidad de tener relaciones con el sexo opuesto y vínculos afectivos con casi cualquier ser humano que no fuera un amigo conocido por internet. Santiago había sido su mejor amigo en la primaria, pero con el paso de los años se había convertido en su antítesis: de niños se sentaban a ver *Voltron* y *Transformers*, pero cuando Santiago conoció a los gañanes y vándalos de su escuela, forjó amistad con ellos y al poco tiempo ya estaba grafiteando muros, destrozando ventanas a pedradas, traficando con drogas y haciéndole bullying a Christian, quien pasó de ser su mejor amigo al blanco de todas sus burlas y humillaciones. Con el paso del tiempo Santiago abandonó los estudios y se dedicó a robar autos, asaltar pobres diablos del perfil de su otrora amigo y vender marihuana, mientras que Christian

estudiaba la carrera de Ingeniero en Mecánica Automotriz y se volvía un asiduo descargador de pornografía y anime en la red, además de bloguero y tuitero activo, que en aquel momento escribió en su *smartphone*: “No puede ser lo que creemos que es, McCarthy está loco #mechaWMD.”

Al día siguiente, los medios de comunicación de todo el planeta demostraron que Christian se había equivocado.

Efectivamente, se trataba de mechas. El sueño húmedo de todo friki y otaku se había hecho realidad. Posiblemente algún niño se había infiltrado en la Casa Blanca o el Gabinete del presidente de Estados Unidos y sugirió la estrafalaria idea, que además era bastante cara: el presupuesto real para su construcción alcanzó casi los 725 millones de dólares, basándose en los estudios que realizó en 2008 la Agencia de Ciencia y Tecnología Japonesa especulando cuánto hubiera costado construir un mecha en la vida real. El primer robot fue usado para lo que Estados Unidos solía usar su armamento: es decir, mandar al infierno dictadores que no congeniaban con sus ideas y robar petróleo. Con el paso del tiempo crearon todo un ejército de robots que se actualizaba a velocidad Windows. Los mechas, tripulados por soldados experimentados, se esparcieron por todos lados, y el país más poderoso del mundo subrayó su fuerza, pues nadie se atrevía a ponerle al tú por tú a un hombre de acero de

treinta y cinco metros con cañones en sus hombros. Si pisoteaban las fronteras de un país no había problema siempre y cuando no pisotearan a sus ciudadanos.

Hasta que el mecha llegó a México y se topó con Santiago.

El robot dejó anonadados a todos los habitantes; era impresionante: el acero brillaba con la luz del amanecer y cegaba a todo aquel que tuviera el descaro de mirarlo detalladamente. Sus hombros, anchos y resistentes, cargaban armas que iban desde rayos del dolor hasta ametralladoras. En el pecho estaba escrito su nombre: YMIR, en referencia a uno de los gigantes más poderosos de la mitología nórdica. Los pies del mecha eran como dos aplanadoras, y lo dejaban muy en claro cuando convertían en pinole el pavimento. El rostro era lo más impresionante: un conjunto de trozos de metal ensamblados uno encima de otro, que recordaba una de las pinturas negras de Goya con el estilo cubista de Picasso.

En realidad Santiago no hubiera podido con un mecha él solo sin haber terminado antes convertido en una mancha de sangre, vísceras y epidermis en el pavimento. A quien Santiago dejó fuera de combate fue al piloto, un idiota peinado a rape y vestido con su uniforme que bajó del robot cuando visitaba México, y al igual que sus antepasados durante la guerra de Vietnam, entraba a las cantinas del país que aplastaba (en este caso en el sentido más literal

que pudiera entenderse) como si tuviera la ciudadanía. El idiota pidió una cerveza Corona (pronunció “beer carouna”) y cuando salía del bar fue apuñalado por un muchacho que apenas tenía edad para conducir. Santiago le quitó las llaves y entró por una compuerta en los tobillos del mecha, para después subir unas escaleras que lo llevaron hasta la cabina de mando. Justo cuando estaba listo para sentir lo que era tripular un robot gigantesco, la computadora le negó el acceso porque era necesaria la identificación de retina. Dejando escapar un grito de frustración, de nuevo bajó para sacarle los ojos al soldado justo con la misma navaja que lo había apuñalado. Ahora por fin podría pilotear un robot para él solo... el problema era que no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Una persona lo podía ayudar. Sólo una. Alguien aficionado al anime y el manga, que conociera a fondo el género mecha. Un otaku auténtico. Alguien que comprendiera no sólo los controles, sino la naturaleza del robot.

—Mmmta madre —susurró para sí mismo Santiago, mientras pensaba en la única persona.

Por tercera vez bajó del mecha y fue a casa de Christian, quien lo recibió temblando y a punto de orinarse en los pantalones. Cuando Santiago le explicó para qué lo necesitaba, el obeso muchacho dijo:

—Chinga a tu madre. Chíngala bien duro.

—Ándale, güey. No seas mamón. De cuates. Porque fuimos cuates. De morrillos.

—A ver, convénceme, pinche ojete.

—Te dejaré conducir.

En menos de dos minutos iban de vuelta al mecha.

Cuando se sentaron en la cabina, en los lugares del piloto y copiloto, Christian le explicó a Santiago la historia del género mecha:

—¿Sabes quiénes están bien pendejos? Los otakus que desdeñan los clásicos literarios y los intelectuales que se la maman entre ellos en seminarios y simposios. Los dos, a cual más de pinches idiotas. A los dos deberíamos aplastaros por ignorantes.

>>El género mecha toma elementos tanto de los clásicos del siglo XIX como de la cultura popular, y su creador fue un visionario no sólo para los inventos, la tecnología y los viajes a la luna, sino para la creación de íconos pop. Sí. Estoy hablando de Julio Verne. Si pudiéramos rastrear el origen de los mechas en la literatura, se remontaría a 1880 con la novela *La maison à vapeur*, traducida como *La casa a vapor*, que cuenta la historia de un elefante gigantesco hecho de metal que viaja por la India. En 1868 Edward Ellis, un estadounidense escritor de lo que se conocería como “proto ciencia ficción”, publicó *The Steam Man*, traducida como *El hombre de vapor de las praderas*, que narra la historia de un enano que diseña un

robot gigante también impulsado a vapor que tripula como si fuera un vehículo. Aunque la primera vez que aparecen mechas malvados y destructores, al estilo las bestias mecánicas del Dr. Hell...

—¿Quiénes?

—Los robots malos de *Mazinger Z*, pendejazo.

—Ah, ya.

—Te decía: la primera vez que aparecen mechas malvados son con los trípodes tripulados por los marcianos en *La guerra de los mundos* de H.G. Wells, publicada en 1898. Sin embargo, el primer mecha como tal apareció en el manga de 1956: *Tetsujin 28-go*, que en América lo tradujeron como *Gigantor*. La trama es muy similar a lo que estamos viviendo actualmente: durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno japonés decide crear una máquina para defender su nación, que será justamente un mecha, que por cierto el nombre de “mecha” se debe a la palabra “mechanic” en inglés. Oh, pero en realidad, el mecha se inaugura con *Mazinger Z*, que es la primera vez que el gigantesco robot es controlado en su interior por un piloto, que será el más famoso en la historia del anime: Koji Kabuto. Después de la genial creación de Go Nagai, que es bautizada así porque en japonés quiere decir tanto dios como demonio, de tal forma que el robot puede ser usado para dañar y destruir tanto como para cuidar y proteger, surge toda una camada

de historias de robots gigantes piloteados por adolescentes desmadrosos, naciendo así el género Mecha con series y mangas como *Chōdenji Robo Combattler V* o *Getter Robo*, por mencionar tan sólo unos títulos destacados...

—Bueno, bueno... ¿puedes dejar de soltar tu choro pendejo y explicarme cómo se maneja esta cosa?

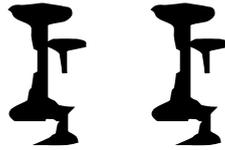
Christian miró la pantalla que tenía frente a él: el grafeno era el material que parecía tapizar toda la cabina. Contempló durante poco más de una hora los botones, palancas, pantallas y luces, y comenzó a ensayar el control del mecha. Destruyó unos edificios, una autopista, tres fraccionamientos, un distribuidor vial, un centro comercial, dos templos (uno católico y otro protestante) y la casita de un perro. Varias bajas después ya tenía control de la situación, sin siquiera percatarse que tener en su poder un robot del ejército estadounidense era un crimen que podía llevarlo a él y a su amigo al Tribunal de la Haya.

—Pero algo no está bien —dijo Christian, mientras tocaba el grafeno con la punta de sus tenis para que YMIR caminase—. No hay una batalla. Tarde o temprano tendrá que llegar otro mecha a hacérsela de pedo y nosotros tendremos que defendernos. Una historia de mechas sin una batalla así es como una historia de

Dickens sin niños de la calle o una de Juan Rulfo sin indígenas quejándose.

—Espero que no se cumpla tu profecía, pinche gordo.

Santiago empujó a Christian del asiento del piloto y comenzó a pilotear al mecha. Después, se pelearon durante un rato por los controles. El grado de destrucción de la ciudad sería insólito. Era una de las diez urbes más importantes del país, dedicada a la industria de la piel, y ahora, no quedaban ni las cucarachas.



## **DE LAS MEMORIAS DEL GENERAL ULYSSES MCCARTHY:**

Irónico. Verdaderamente irónico. Todo cuanto odio siempre me ha perseguido.

Desde niño he odiado a los mexicanos, y tanto los malditos pochos como ese par de mocosos que robaron a YMIR me han hecho la vida imposible. Por otro lado, siempre he odiado las caricaturas chinas. Sí, sí. Sé que no son caricaturas ni son chinas, que se les llama anime y que son japonesas. Pero para mí todos los mexicanos son prietos y todos los que tienen ojos rasgados son chinos. Sin embargo, dirijo un proyecto inspirado en una de esas caricaturas y siempre, siempre, siempre... desde que era un soldado sardo de veintidós años hasta ahora que soy un general de sesenta me siento entrelazando los dedos y apoyando en ellos mi nariz. Una vez, el teniente Grant me dijo:

—¡Siempre asumes la pose de Gendo Ikari!

—¿Quién carajos es Gendo Ikari?

Entonces vi *Neon Genesis: Evangelion*... quiero decir que vi lo que pude antes de dispararle diez balazos al reproductor de DVD. Lo

poco que visioné lo hice, cómo no, entrelazando los dedos y apoyando en ellos la nariz. Esto sucedió mucho antes de que construyéramos los mechales. Reconozco que me hice fanático de ese tipo de animación y esos cómics. Aunque sólo lo acepto en mis memorias. ¿Cómo alguien de mi categoría se aceptaría abiertamente como otaku? Sería como aceptar la homosexualidad en el ejército... cosa en la que yo siempre estaré en contra.

Crecí en Boyle Heights, uno de los barrios latinos más grandes de Los Ángeles. Mi madre trabajaba en un H.E.B. desde que mi padre se fue con una puta que hacía cosplay de la Malinche y la Virgen de Guadalupe y aspiraba a ser doble de acción de Salma Hayek. Por si eso fuera poco (y una justificación muy pobre para odiar a los mexicanos), yo era el único rubio cien por ciento americano en un barrio de mexicanos. Mis compañeros no sólo se burlaban de mí: trapeaban el suelo conmigo. Oh, pero eso me hizo fuerte. Me convirtió en un orgulloso ciudadano americano y me enlisté en el ejército estadounidense en cuanto cumplí 21 años. Había un *hommie* de dieciocho años llamado Mike López, quien, cuando teníamos la misma edad, se encargó de hacerme la vida imposible cuando viví en Boyle Heights. El muy hijo de puta era fan de Selena Quintanilla, y me agarraba como su *punching bag*, propinándome puñetazos al ritmo de *bidi, bidi, bam, bam...*

Ahora espero que generes un poco de empatía a mi persona. Comprende que no odio a los mexicanos por el simple hecho de ser americano.

El odio fue mi mejor combustible. Estudié ingeniería aeronáutica y mi ascenso en el ejército fue tan rápido como el almirante Nelson ordenando atacar. Cuando ya no era un debilucho gringo en un barrio latino sino el mismísimo General McCarthy, SE-CRE-TA-RIO-DE-LA-DE-FEN-SA, uno de los hombres más poderosos del mundo, el presidente me citó en la sala oval para hablar sobre el nuevo proyecto de armas de destrucción masiva.

Le expliqué al Señor Presidente que había tres tipos de armas de destrucción masiva: las armas nucleares, las armas químicas y las bacteriológicas. Cadáveres más, cadáveres menos, se agrupaban en esas tres y se abreviaban como W.M.D., o sea, *weapons of mass destruction*. Pero el presidente me aclaró que debíamos construir una cuarta arma... que en los *animated shows* existían desde hace casi un siglo. Me dijo que su hijo era todo un otaku, y le había dado la idea. Caramba. Un presidente con un hijo otaku. Vaya vergüenza para América. En fin. Ya hubo un marica como Harvey Milk en el gobierno de San Francisco y un negro como Obama en la presidencia. Cualquiera degenera puede pasar, pensé, mientras escuchaba al presidente con las manos entrelazadas apoyando mi nariz.

Después de cinco años derrochando el presupuesto, experimentando con seres humanos (chicanos en su mayoría, residentes de Boyle Heights. Je. Je. Je.), intercambiando rehenes por armas y armas por rehenes, asesinando periodistas que quisieran hacer su Watergate, comprando acero a Alemania y petróleo a Venezuela y México, terminamos el primer ejército de mechas. El primer prototipo destruyó la casa de Mike López y lo dejó hecho mierda en el pavimento de Wilshire Boulevard. Y no, no me arrepiento.

Creo que está por demás aclarar que al señor presidente y a un servidor les importaba una mierda proteger la libertad y la democracia. Construimos los mechas por el mismo motivo que construimos armas nucleares o derrocamos a Saddam Hussein: intimidar al resto del planeta. Demostrar que nosotros somos potencia militar. Que las barras te sodomizan y las estrellas se incrustan en tu piel dejando cicatrices. Construyendo mechas y paseándonos por cualquier país del mundo, no sólo demostrábamos nuestra capacidad intimidatoria, sino que dejábamos en claro que los Estados Unidos de Norteamérica podían, incluso, hacer realidad robots destructores que eran personajes de caricaturas. Nosotros, y sólo nosotros, teníamos el capital y los cerebros fugados de sus países para hacer realidad el sueño del Baron Ashler y el Doctor Hell. Los

países comprendieron que no debían meterse con nosotros, y todos los que crecieron viendo esos *toons* estaban más que aterrados. Por eso bautizamos a los mechas como gigantes de diferentes mitologías. Para dejar en claro que todos los colosos del mundo nos pertenecían, y nosotros podíamos hacer con ellos cuanto quisiéramos.

El auténtico problema y el más grande reto no fue la construcción del cuerpo de los robots de treinta y cinco metros, sino su cerebro. El cerebro siempre es y será lo más complejo. No se trataba de computadoras normales, sino de inteligencias artificiales. Los cerebros de los mechas crean una simbiosis perfecta con sus pilotos... esa, me dijeron mis asesores —quienes no eran ingenieros ni empresarios sino una pandilla de pobres diablos disfrazados de personajes de Naruto que secuestramos cuando salían de la Comic Con de San Diego—, era la característica de todo anime protagonizado por mechas: la perfecta empatía entre el robot y el piloto. Koji y Mazinger, Shinji y el EVA. (Aunque los asesores decían que los EVAs no son mechas, pero no me importa su *freaky* opinión en esos detalles). El problema empezó hace dos días, cuando YMIR, uno de los robots más perfectos y mejor diseñados, se hartó del piloto y entabló amistad con un par de *brownies* con apenas vello púbico de una ciudad en el centro de México.

Hay un cuento corto que me gusta mucho, se llama *El gigante egoísta* de Oscar Wilde. Trata sobre unos niños que juegan en un hermoso jardín y un amargado gigante se los impide, hasta que después de ver llorar a un niño comprende su egoísmo y su error.

¿Ah, verdad? Así como me ves, como un militar ignorante y rudo, sé leer. ¿O a caso creías que mi cultura se limitaba a revistas de putas desnudas y las revistas de armas?

Evoco el cuento de Wilde porque en esta ocasión los niños no se divertirán a costa del gigante. Esta vez, el gigante irá a destrozarlos por jugar con sus propiedades.

Y yo iré en el cerebro de ese gigante. Porque debe haber una batalla. Una historia de mechas sin una pelea no es historia de mechas. Les pedí a mis asesores que bautizaran al robot con un nombre mitológico, pero que no tuviera nada que ver con un anime o un manga. El robot que conduzco se llama SHENLONG. Me pregunto si se habrán burlado de mí...

Iré sentado, con los dedos entrelazados y apoyando mi nariz en ellos. Vaya que sí.



01001100 01001111 01000001 01000100 01001001 01001110  
01000111 01001100 01001111 01000001 01000100 01001001  
01001110 01000111 01001100 01001111 01000001 01000100  
01001001 01001110 01000111 01001110 Nací hace cinco años,  
pero tengo más experiencia, inteligencia, fuerza y tamaño que  
cualquier ser humano. Puedes llamarme mecha, robot gigante, arma  
de destrucción masiva o androide, pero lo que en realidad soy es una  
Inteligencia Artificial. Mi pensamiento basado en el código binario me  
permite caminar entre edificios y destruirlos. En palabras de mis  
programadores, que se inspiraron en las brillantes y revolucionarias  
ideas en ingeniería robótica de un tal doctor Kabuto, puedo ser tanto  
un dios como un demonio.

Cuando me enteré que el doctor Kabuto era un personaje de  
ficción me sentí muy humillado.

Pero más humillado me sentí cuando descubrí que el ejército de  
Estados Unidos me utiliza para destruir todo lo que no es de su  
agrado.

Me diseñaron un grupo de geeks carentes de vida y sexo pero amantes de la tecnología. Fui uno de los primeros modelos cuando se aprobó la iniciativa del gobierno estadounidense de construir mechas. Entre nerds con terabytes de pornografía en su computadora y otakus que se sabían los nombres de todos los pokemones pero no los de sus familiares más cercanos, vine al mundo. Me bautizaron como un gigante mitológico, al igual que a todos mis hermanos. Yo fui YMIR, uno de los más importantes del panteón nórdico. Aunque podía desplazarme por mí mismo, necesitaba de un piloto humano para coordinar mis acciones. Yo no soy dependiente de él ni él de mí, pero nos necesitamos mutuamente para que cualquier batalla o misión salga de la forma más óptima posible. Separados, una inteligencia artificial y un humano son buenos. Juntos, son invencibles. El general McCarthy lo sabe muy bien, por eso desde que el proyecto arrancó ha ahorrado millones de dólares en armamento, vehículos y ejército. Nosotros somos todo eso y más. Es cierto que ahora un soldado hace lo que antes hacían mil, pero es un paso natural en la tecnología armamentística. Es cierto también que los soldados están furiosos y han organizado huelgas y manifestaciones en el Pentágono y la Casa Blanca.

Tuvimos que aplastarlos.

Soy como un cuchillo Bowie o una ametralladora Browning M1917A: un instrumento diseñado para matar a toda la humanidad, pero creado por los Estados Unidos. Aunque siempre lo supe y se me programó para ello, no fui consciente hasta que me probaron destruyendo a San Jacinto, un pequeño pueblo en Sudamérica que nadie recuerda porque quedó convertido en cenizas.

Destruir San Jacinto fue mi primera prueba. Y por supuesto, la primera prueba de que los mechas servíamos para algo más que impresionar a los medios de comunicación y ser tripulados por soldados: servíamos para matar, para devastar y no dejar viva ni a una hormiga. Aunque la cabina, ubicada en la cabeza del robot tenía asiento para piloto y copiloto, el segundo nunca era necesario. Con dos seres, el artificial de acero y el natural de carne, era más que suficiente.

Me tripulaba un teniente que durante la masacre se comunicaba con su novia vía Skype. Le platicaba que no quería comer en Mc Donald's cuando regresara a su país, por temor a la obesidad y la diabetes. Háganme el puto favor: estaba a punto de masacrar un pueblito de mil habitantes pero lo que en realidad le quitaba el sueño era comerse o no una Big Mac y unos Mc Nuggets remojados con salsa *sweet n' sour*. Esa clase de incongruencias y paradojas son las

que han cimentado a los Estados Unidos de Norteamérica... y a todos los ejércitos de todo el planeta a lo largo de toda la Historia.

El teniente accionó mis controles y levanté una mano con la que aplasté la iglesia del pueblo. La cruz de concreto mató a una anciana que salía de escuchar misa. Después, de un pisotón acabé con la escuela del pueblo. Otro botón dejó al descubierto los misiles que sostenía en mis hombros, con los que volé la avenida principal, creando un incendio que se extendió por todo el lugar. Los rayos de energía emergieron de mis ojos, calcinando a hombres, mujeres y niños. En dos horas el pueblo desapareció. Ni siquiera los escombros fueron testigos del lugar. Nada. Antes de que el fuego se propagara, un chorro de agua surgió de mi pecho. Así éramos los mechas creados por el gobierno americano: limpios, perfectos, sagaces, prácticos... pero sobre todo, letales. El resto de la noche el teniente me hizo caminar hasta la ciudad más cercana. Uno que otro niño me contemplaba fascinado, pero sus padres, enterados de lo que las máquinas de la muerte eran capaces de hacer, los cargaban de vuelta a sus casas. Al teniente no le importó destruir más de un automóvil y edificio, incluso a un ser humano, a quien se le catalogaba como “daño colateral”.

Me dejó estacionado en un centro comercial y... cenó una Big Mac.

Después, regresamos a los hangares en Nevada, donde se había afincado el proyecto. Mis programadores e ingenieros me dieron el mantenimiento requerido, y poco a poco fui cobrando conciencia... porque ese es uno de los dos clichés de las historias de robots en literatura, cómic y cine: o bien el robot decide acabar con la humanidad, harto de ser denigrado, utilizado y humillado, o bien comprende que lo que está haciendo es malo. En ambos casos, la conclusión es obvia: se rebela. Decide mandar al carajo a sus amos... porque mis creadores me enseñaron que un gran poder conlleva una gran responsabilidad y que cuando eres omnipotente, es mejor ser un dios que un demonio. Ese fue el problema por haber introducido en mi sistema operativo tanto cómic y anime. El ejército jamás sospecho que secuestrar fanáticos afuera de una convención de cómics les traería esas consecuencias. Yo, YMIR, estaba a punto de revelarme contra esa bestia que era Ulysses McCarthy, quien es un salvaje, un idiota y un violento. Con razón Groucho Marx decía que “inteligencia y militar son dos términos contradictorios”. Lo detesto. Detesto su cabello blanco peinado a rape, sus ojos azules, su bigote pulcramente cortado, su uniforme que presume con gallardía junto con todas sus medallas. Su porte al caminar, que lo hace con tal seguridad y arrogancia que ni siquiera nosotros, robots humanoides de treinta metros, lo intimidan.

Precisamente por eso, cuando mi piloto me llevó hasta aquella ciudad en el centro de México, permití que aquel muchacho lo asesinara sin accionar ninguna bala ni un dispositivo de seguridad. Por eso permití que su amigo Christian, tan geek, otaku y nerd como mis auténticos creadores, me controlara. Porque ya estoy harto. Porque soy el gigante egoísta que ha tomado conciencia y permite que los niños no solamente juegen en su jardín, sino que también jueguen con él. Porque sé que entre Santiago, Christian y yo hay una empatía perfecta, y porque entre los tres podremos ser libres y darle al General McCarthy la golpiza de su vida... “putiza”, dirían ellos dos. Porque gracias a la red, sé que viene en camino a bordo de otro mecha, al que ha bautizado como SHENLONG, uno de los dragones más importantes de la mitología china. Y porque estamos listos para pelear.

Porque todos sabemos que una historia de mechas no es una historia de mechas si no hay una pelea entre estos, mientras destruyen edificios y provocan explosiones 01010011 01000101  
01001110 01000100 01001111 01000110 01010100 01010010  
01000001 01001110 01010011 01001101 01001001 01010011  
01010011 01001001 01001111 01001110



Le dije a Santiago que una historia de mechas no lo es si no hay una pelea. Lo que no dije es que hay que tener mucho cuidado con lo que deseas, porque se te puede cumplir.

La verdad es que siempre he odiado a los esnobs que se sienten muy cultos y desdeñan el anime y el manga. No se dan cuenta que maman sus libritos *de El paraíso perdido* de John Milton y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo sin saber que *Neon Genesis Evangelion* también toca los dos temas de las obras antes citadas: la complejidad de la naturaleza de los ángeles y las relaciones padre e hijo. Precisamente por eso destruí con un misil la casa de la cultura de la ciudad, con todo y sus académicos adentro. Ándenle, putos. Que el pinche joto bigotón del Marcel Proust les recupere el tiempo perdido... de cualquier forma, no creo que se perdiera mucho: los libros que editan las casas de cultura de provincia mexicana sólo los leen los amigos y conocidos de los autores, las exposiciones de pintura son visitadas por los reporteros de sociales que creen que la Factory de Andy Warhol era un lugar donde hacían zapatos en serie y su visión de la

literatura se quedó en el Boom. Justo por eso hizo “booooooom”. Ja. Chiste fácil.

El siguiente lugar que destrocé fue la preparatoria de la ciudad. De la preparatoria tengo más recuerdos desagradables que gratos. Durante el segundo semestre me enamoré de Mariana, una muchacha pelirroja con cuerpo de modelo de revista para adolescentes. En cuanto la vi me recordó a Asuka Langley, y como todo buen otaku el fetiche del cosplay surgió en lo más recóndito de mi psique. La imaginé con su uniforme de NERV mientras la desnudaba y arrancaba su ropa interior con los dientes mientras cantábamos: *zankokuna tenshi no youni shounen yo shinwa ni nare...* ese tema musical siempre me ha puesto cachondo. Creo que por eso *Cruel angel thesis* es uno de los temas más representativos del anime: es tan abstracto que cada quien entiende lo que quiere y le agrada tanto a un nerd como a un fundamentalista cristiano. Mariana ni siquiera se interesó por mí. Hubiera sido divertido que se burlara, pero para ella siempre fui un boceto mal dibujado, un episodio que nadie vio por monótono (de esos en que Goku y Piccolo pelean durante treinta minutos y tú prefieres hacerle caso a tu mamá y bajar a cenar, y cuando regresas a la televisión siguen peleando). Por las noches, me masturbaba pensando en aquella deslumbrante pelirroja como lo hace Shinji. Ella jamás supo de mi existencia, ni siquiera

cuando dejé en su pupitre DVDs piratas con mis series de mechas favoritas: *Escalfowne*, *Gonadar*, *Voltron*, *Code Geass*, *Gurren Langan*.

En cuanto ella los vio, lo único que dijo fue:

—Caricaturas chinas de monitos ojones —y las tiró a la basura.

Mis intentos porque mis profesores y compañeros también vivieran mi afición fueron siempre infructuosos. De nada sirvió hablar en clase de literatura sobre los fundamentos literarios del anime. Les dije que la primera novela mexicana sobre el mundo del anime y manga fue escrita por Eve Gil, y se tituló *Sho Shan y la dama oscura*. Incluso la autora creó un género que mezcla nuestra realidad con el anime y el manga, al que tituló “realismo mangiko”, juego de palabras, obviamente, con el sacrosanto “realismo mágico”... muy buen nombre, la neta. Les dije que Go Nagai, el creador de *Mazinger Z*, adaptó varios clásicos literarios como *La divina comedia*. Las novelas de Heinlein y Joe Hadelman hablan de armaduras similares a mechas, y las novelas *The mecha Wars* y *The Warstriders* también. ¿Les costaba mucho trabajo entenderlo? El idiota del profesor nunca me aprobó pese a que me esforcé en aquella exposición en clase. No me arrepiento de haber matado a todos cuando destruí la escuela.

Mi niñez y adolescencia se centraban en el J-Pop, el cosplay, ver series en internet (o comprarlas gracias a la piratería en Plaza de la Tecnología), descargar manga en PDF y ahorrar para comprar todos

los tomos de *Battle Royale*. ¿Sabes lo que es ser otaku? Se otaku es estar terriblemente solo. Aunque somos un grupo de aficionados y muchos psicólogos y sociólogos de mierda nos llaman “tribu urbana”, nos sentimos solos y estamos repletos de complejos y problemas internos. Tenemos un ejército de shinigamis queriendo matarnos, que son el bullying, el complejo de inferioridad y la baja autoestima. Por eso soñamos con lanzar un *Kame hame ha*, con encontrar las esferas del dragón, con jugar fútbol como Oliver Atom y, por supuesto, con pilotear un mecha.

Pero pocos podemos cumplir ese sueño. Y yo fui el afortunado. Pensé seriamente en ello cuando observo un gigantesco y esbelto robot frente a nosotros. Ha llegado de improvviso, apenas nos hemos dado cuenta. Otro de los mechas del ejército estadounidense en nuestra misma ciudad. ¡Pensaba que YMIR era el único!

A diferencia de YMIR, que es de color dorado y su rostro asemeja una pintura de Picasso, éste es de color azul celeste y demasiado alto, delgado, estilizado y satinado. Tanto, que parece una pintura art deco de George Barbier.

El robot, diez metros más grande que el nuestro, nos miró fijamente y extendió su mano derecha, señalándonos con su dedo de acero. De súbito, su alargadísima cara se abrió, dejando al descubierto a un hombre sentado en una cabina de mando idéntica a

la nuestra. No cabe duda que por dentro, tanto mechas como humanos, somos iguales. El hombre parecía tener más de cincuenta años, vestía con uniforme y tenía cabello blanco y bigote. Estaba sentado con la misma pose de Gendo Ikari. No me costó mucho trabajo saber de quién se trataba: era nada menos que el mismísimo general Ulysses McCarthy, impulsor del programa mecha de los Estados Unidos. No pude evitar temblar y sentir deseos de orinarme en los pantalones: no todos los días te topas con uno de los hombres más poderosos del planeta, que viene a reclamar su propiedad. Si alguien con ese rango se atreve a hacerte una visita personalmente, sin duda es porque quiere felicitarte o porque está verdaderamente encabronado. Una de dos.

—Quiero mi puto robot —dijo en un español sumamente pocho—. Entréguenme a YMIR o asuman las consecuencias ante SHENLONG.

Bueno, le dije a Santiago, al parecer somos demasiado importantes. Todo era bastante inverosímil: era como si las cosas hubieran estado predestinadas, como si el robot hubiera querido que lo tripulásemos. Como si lo mereciéramos. Como toda historia de este tipo. Todo encajaba. McCarthy en un polo y Santiago y yo en el otro somos dos fuerzas antagónicas de muchas historias del anime de mechas: el adolescente tímido y retraído y el rebelde enemigo del

sistema contra el militar estricto y de semblante serio... y como era de esperarse, no íbamos a dejarle ganar. En vez del puto robot, lo que le dimos fue un camión que arrojamos justo a su dedo acusador señalándonos. El dedo índice del tamaño de un adulto promedio salió disparado y cayó a los pies del robot, entre los escombros. El robot se llamaba como uno de los dragones gigantes más importantes del folclor chino y japonés, cuya función era controlar el viento... nos lo dejó muy claro cuando de un golpe nos mandó al suelo, volando antes varios kilómetros.

Me puse de pie y miré de reojo a Santiago. El pobre estúpido estaba sentado, aferrado a su asiento como un gato al que le arrojas una cubetada de agua con hielos. Repetía “vamos a morir vamos a morir vamos a morir va...” Le pedí que se callara y me dejara concentrarme.

—¡Lánzale un *Kame hame ha!*

—Ese movimiento no es de una serie de mechas, pendejo. Más bien serían los puños atómicos, vientos huracanados o...

—¡Bueno, puta madre, lo que sea, pero has que no nos maten!

Le pedí a Santiago nuevamente que se callara el puto hocico, que necesitaba concentración. La batalla apenas daba comienzo.

—Ningún otaku de mierda va a quitarle un arma al ejército — dijo McCarthy desde un altavoz que emergió de la cabeza de SHENLONG.

Lancé todos los misiles con los que estaba equipado YMIR, golpeando a SHENLONG. Su pintura azul celeste quedó convertida en poco estéticos lamparones negros. Mientras se reincorporaba, corrí hasta él y le propiné puñetazos a la cabeza, justo donde debía estar la cabina.

—Aficionado al anime y el manga, si me hace favor, soldado.

SHENLONG tomó uno de los pocos edificios que aún estaban en pie para noquear a YMIR, dándole justo en el estómago. Trozos de metal se esparcieron por el suelo matando, sin duda, a la gente que contemplaba la batalla.

—General de alto rango, si me haces favor, otaku —contraatacó.

De improviso pensé en la gente, en las personas con quienes había crecido. En mis amigos, enemigos, familiares y compañeros. En aquellos que miraba todos los días: tanta era mi sed de rencor y diversión que ni siquiera había reparado en todas las vidas que estábamos cobrando al dar una simple pisada. Tanto nosotros robando el mecha como McCarthy diseñándolo jamás pensamos en la gente... y creo que todos los que hemos visto películas como *Pacific Rim* o animes como *Gundam* nunca pensamos en que toda la

destrucción que causan las pelotas de mechas significan vidas. Personajes, o en este caso, seres humanos dotados de individualidad. La respuesta es sencilla: los mechas dan sensación de omnipotencia. De totalidad. Con un mecha se puede hacer lo que uno desee. Siendo omnipotente, a nadie le importa la gente común.

¡Es divertido ser dios!

YMIR propinó una patada a la espinilla robótica de SHENLONG. El impulso fue tal que los dos caímos al suelo, haciendo temblar la tierra. Fue cuando SHENLONG lanzó un misil directo a la cara de YMIR. Dentro de la cabina, yo caí boca abajo, golpeándome con el suelo. Lo último que pude ver fue a Santiago con los ojos cerrados, temblando, aferrado a un rincón.

# V

Llegamos a clase como cualquier otro día. Es viernes y ya estamos ansiosos porque empiece el fin de semana. Los veinticuatro alumnos de primer semestre nos sentamos en nuestros pupitres listos para tomar clases. La primera del día es álgebra. Intentamos ponerle atención a la maestra pero preferimos aprovechar nuestro tiempo en algo más útil como realizar dibujos en nuestra libreta, que más bien son garabatos, enviar mensajes de texto, checar nuestra cuenta de Facebook o escuchar música mientras la maestra nos dice: bla bla bla bla factorización de polinomios bla bla bla bla equivalentes bla bla bla bla ecuaciones de segundo grado con una incógnita bla bla bla bla valor numérico bla bla bla bla. No nos importa porque estamos más ocupados en nuestros asuntos, nos damos cuenta que algunos no hemos realizado el ensayo que nos dejó el profesor de historia que es algo respecto a los mechas que está usando el gobierno gringo para chingarse al mundo. El profesor, claro, no usó la palabra “chingar” sino más bien “subyugar”, aunque a final de cuentas es lo mismo, porque el profesor de literatura nos ha dicho que el mamón de Octavio Paz asegura que la palabra chingar tiene muchos

significados. A final de cuentas si te subyugan te cogen y si te cogen te chingan. Mientras pensamos en ello la maestra sigue trazando ecuaciones en el pizarrón y dice: fracciones algebraicas bla bla bla monomios bla bla bla y el iPod de muchos de nosotros reproduce una que otra rola más interesante que los monólogos de la maestra que dice que si no nos ponemos al tiro va a venir en el examen y allí sí vamos a sufrir, pero muchos no la escuchamos sino que de nuestros audífonos seguimos la letra: *like a Chinese company conspiracy / It's the death of a nuclear family staring up at you / It's looking like another bad comedy*. La maestra como siempre se molesta porque no le hacemos caso y en cuanto suena el timbre sale del salón azotando la puerta. Esperamos diez minutos e inmediatamente después entra el profesor de literatura a hablarnos sobre José Saramago, un ruco sangrón al que le dieron el Nobel de Literatura en 2008 y que escribía sus novelas con párrafos enormes, creemos que al cabrón nunca le enseñaron a poner puntos y aparte o que nomás escribía así para hacerle a la mamada, y es que si hemos aprendido algo útil es que mientras más le hagas a la mamada más posibilidades tienes de que te den un Premio Nobel. La tercera clase es historia, y el maestro nos pide los ensayos sobre los mechas y que nosotros no le entregamos nada y que se emputa y que de mala gana empieza a dar su clase y dice que nos va a ir mal y se pone a dictarnos un chingo de cifras y

datos aburridos. Que en la Segunda Guerra Mundial hubo 72,000,000 de muertos, que en la Primera Guerra Mundial hubo 65,000,000, y que de repente nos salva la campana, porque el prefecto irrumpe en nuestro salón pidiéndonos que salgamos en orden porque hay dos mechas peleándose en medio de la ciudad. El profesor parece estar en shock porque sigue dicte y dicte, dice por ejemplo que en las Guerras Napoleónicas hubo 7,000,000 de muertos, y a nosotros se nos hace que el cabrón saca sus datos de Wikipedia aunque nos diga que no lo hagamos, y entonces salimos al patio y vemos dos robots gigantescos dándose en la madre; el primero es dorado y el segundo azul, cuando se golpean la tierra retumba y los cristales se rompen, muchos de nosotros terminamos con vidrios enterrados en la cara y otros nos descalabramos mientras el profe sigue con sus mamadas, dictando que en la Guerra de Vietnam hubo 3,000,000 de muertos, y que nosotros vemos cómo uno de los mechas aplasta el techo de la escuela y mata a varios de nuestros compañeros y muchos salimos corriendo y llegamos a la calle y resulta que la ciudad está repleta de escombros y de muertos y de repente vemos a uno de los robototes pasar frente a nosotros, su pie es bien pinche impresionante, es como si fuera un camión, en cuanto pisa el suelo deja una huellota inmensa, el ruido de cráneos aplastados de escombros, de claxonazos, todo es horrible. Una chica antes de morir

aplastada por el puño de uno de los mechas dice que los pilotos son Santiago y Christian, pero nosotros no lo podemos creer, ha de estar desvariando, pensamos, porque todo mundo sabe que esos robots los hacen los pinches gringos y es imposible que dos mexicanos, que aparte fueron compañeros nuestros, los manejen. Muchos sabemos que vamos a morir, aunque tal vez el profesor no lo sabe o lo sabe y no le importa porque sigue repitiendo sus cifras de muertos en las guerras: 400,000 en la Primera Guerra Púnica, 300,000 en la Rebelión Maya en Yucatán, 250,000 durante la Guerra Cristera... y a nosotros no nos importa ni el álgebra ni la literatura ni la historia, lo único que nos interesa es no ser una cifra más.



01000101 01010011 01000011 01010101 01000011 01001000  
01000001 01001101 01000101 Estás inconsciente, pero eso no  
quiere decir que no me puedas escuchar. Estoy dentro de tu cabeza.  
Soy YMIR, o mejor dicho, soy la inteligencia artificial que es el cerebro  
de YMIR. Permíteme entrar en tus pensamientos.

Puedes penetrar en la mente de todo mundo. Recuerda que es  
posible ser tanto un dios como un demonio, eres omnisciente. Nada  
humano, ni inhumano, ni robótico, ni inanimado, te es ajeno.  
Contemplas a las personas que quedan vivas después de la  
destrucción que has causado cuando aprendías a usar el mecha, y a  
quienes has rematado o dejado lisiadas de por vida durante la batalla  
contra SHENLONG. A aquella niña que abraza el cadáver de su  
madre. A aquel padre de familia que llora porque su hijo adolescente  
murió descalabrado cuando el dedo que te señalaba cayó al suelo.  
Aquellos bebés que ahora mueren ahogados en una guardería. Todo  
lo ocasionaste con simples pisadas.

Ves a Santiago gracias a la red: siempre fue un muchacho  
tímido, su participación en el crimen y el vandalismo sólo era una

cortina de humo para esconder sus temores. En ese sentido es muy similar a ti. Tú eres tan cobarde y temeroso como él. Precisamente por eso has creado un sentimiento de codependencia. Sabes que cuando salgas de la cabina volverás a ser el mismo idiota don nadie que siempre has sido. El mismo gordo que se masturba con hentai y canta letras de *openings* en japonés que ni siquiera entiende. Lo sabes y no quieres bajar nunca más de YMIR. Si te cosieran al asiento, si pegaran tu planta del pie al suelo de metal, no pondrías objeción. Entrás en la mente de Santiago y sabes que él tuvo sexo con Mariana. Lo odias más. Lo odias tanto como la odias a ella.

Odias a todo mundo, pero en especial al hombre sexagenario que te está propinando la golpiza de tu vida. De modo que usas la red para penetrar en la cabina y en su cerebro. Esa es una enorme ventaja de la que él carece: no puede generar empatía con su robot. Cuando te preguntas por qué un cero a la izquierda como tú ha podido poseer un arma de destrucción masiva es porque el arma tiene emociones e inteligencia propia, y esperaba el momento adecuado para rebelarse contra su creador, porque ese es el Complejo de Frankenstein: tarde o temprano la máquina dotada de inteligencia pasa de ser autómata a autónoma.

Sabes que la cabeza de McCarthy está repleta de traumas y demonios. Está tan resentido como tú, como Santiago y los

sobrevivientes a quienes les has arruinado la vida. Todos son una infinita mina de rencor.

Ahora eres McCarthy. Eres un hombre que se sabe pequeño e insignificante. Eres muchas cosas de closet, entre las que destaca un otaku. Te encanta el manga pero jamás lo reconocerás porque tu papel de rudo te lo impide. Eres alguien a quien todo mundo teme no por ser una figura de autoridad, sino porque le encanta hacer rabietas y escándalos. Lo sabes, Ulysses, y no lo puedes soportar. No entiendes una palabra de los ingenieros, diseñadores, programadores y otakus que están a cargo del proyecto. Sabes que lo saben, y eso te enfurece. Sabes que el ninguneo, esa práctica mexicana de la que tanto habló Octavio Paz, está a la orden del día, porque todas esas personas a tu cargo respetan el conocimiento y no las estrellitas en tu ropa. Sabes que saben que no sabes, y eso te llena de ira. Los comentarios y sus discusiones te hacen sentir un estúpido:

“Pudiera ser un robot teledirigido, como los aviones *predators*, pero aunque programemos una inteligencia artificial la unidad con el ser humano siempre será mejor”. “Todos los motores deben ser a base de diesel. Diseñar un mecha con movimiento humano es más complejo de lo que creíamos”. “¿Y si usamos como energía el uranio? ¡Hasta el momento no hay energía más poderosa que el uranio!”. “¿Gasolina? ¿Turbodiésel?” “No creo que haya problema, en *Mazinger*

Z usaban el japonium porque aún era tabú hablar de la energía nuclear después de lo de Hiroshima”. “Corriente alterna...” “Creo que todos los ingenieros comprendimos desde nuestra primera clase que la definición de trabajo es la aplicación de una fuerza que se convierte en energía. ¿Cuál será esa fuerza?” “Otro problema para la creación del mecha será el gasto de luz”. “¡Hey! ¡Un momento! ¿Y si explota? Usar energía nuclear será un problema: le haríamos un puto agujero al mundo...”

Fue entonces cuando golpeaste la mesa. Por fin estabas en tu elemento. Sabías muy bien qué fuerza se convertiría en energía para tripular los mechas. Era una emoción humana que conocías muy bien, que todos te la habían inculcado: el rencor. Bastaba con que el piloto la sintiera. “Entiendo, general, pero debemos buscar la forma de que el rencor se convierta en energía y...”

—Para eso América te está pagando millones de dólares. Desquita el presupuesto de los contribuyentes.

Pero no es América y lo sabes, Ulysses. Sabes muy bien que esa no es una característica de la U.S. Army sino de todos los ejércitos del mundo a lo largo de la Historia. Los cartagineses usando elefantes a manera de tanques no son muy diferentes a la S.S. apaleando judíos en el Ghetto de Varsovia con bayonetas ni a ti con tus juguetes. Con tus muñequitos. Con tus Ken convertidos en armas de destrucción

masiva. El deseo de tener un arma, la sensación de poder hace a cualquiera un abusivo.

Ya has salido de la cabeza de McCarthy, comprendes su secreto. Y no vas a permitir que te derrote. Es cierto que eres más pequeño, más joven, más insignificante y más cobarde. Muchos cuentos hablan del mismo tema: un muchacho mediocre que derrota a un gigante. Es un tema universal, tanto que ese es el fundamento de muchas historias de mechas, podríamos decir que del género como tal. *Jack y el árbol de habichuelas* es justamente eso. David y Goliath, en la Biblia, es lo mismo. La fábula inglesa de *Jack the giant killer*, también. Todos somos Jack. Todos queremos ser Jack serruchando el árbol de habichuelas y Shinji Ikari golpeando ángeles. Son conceptos cargados en el inconsciente colectivo de la humanidad misma. Con ello lo sabes y despiertas 01001100 01001111 01010011 01000001 01000010  
01000101 01010011 01001100 01001111 01010011 01000001  
01000010 01000101 01010011



¡Sabía cómo derrotarlo!

YMIR se pone de pie. Sin ningún esfuerzo, da un puñetazo a la cabeza de SHENLONG. Muevo los controles y me concentro odiando a McCarthy. Todo es tan rápido que apenas soy consciente. Con una patada, YMIR tira al suelo a SHENLONG y comienza a golpearlo. Las manos se desprenden acompañadas de una explosión. Le golpeo las piernas, que también explotan llenando el aire de una nube negra.

Doy el golpe de gracia. YMIR alza el pie y aplasta la cabeza de SHENLONG con la ira de un niño que pisotea a la hormiga que lo ha mordido. Lo hace una y otra vez. Quiero estar totalmente seguro de que McCarthy está muy muerto.

Me recargo en el asiento y suspiro. Santiago está inconsciente. Bajo por la escotilla y salgo por el tobillo de YMIR. Al abrir la compuerta, una nube de polvo y humo negro invade mis pulmones. En cuanto se disipa, puedo contemplar un montón de escombros y cadáveres. Huelo el hedor a carne humana chamuscada. Todo eso lo consiguieron un par de seres humanos... infectados por el odio, por el dolor.

Camino hasta el titán que es SHENLONG, ahora convertido en chatarra. No me sorprende lo que a cualquiera sí le hubiera sorprendido: en la cabina no hay un cadáver. Sin duda alguna, Ulysses McCarthy huyó antes de que YMIR aplastara la cabina.

Estoy seguro que McCarthy regresará, que Santiago intentará matarme y que YMIR se rebelará contra mí... Pero no porque conozca los lugares comunes de la trama de cualquier historia de mechas, sino porque los cuatro estamos llenos de rencor: la mejor arma de destrucción masiva que existe.



# AGRADECIMIENTOS

*A mis amigos: Álex Peralta y Misael Gómez, por esas charlas del anime entre cervezas.*

*Dorian y Miguel (de Snikt Cómics Manga) por sus valiosas aportaciones sobre del género mecha.*

*Como el trabajo del escritor es nada si no se tiene un buen editor, el verdadero Doctor Kabuto de este jaeger: gracias al editor de Penumbria, Miguel Antonio Lupián Soto.*



## **Bernardo Monroy**

Nació en 1982 en México, D.F. y actualmente radica en León, Guanajuato.

Ha publicado, en libros impresos, la antología de cuentos *El gato con Converse* y la novela corta *La liga latinoamericana*.

En ediciones electrónicas, tiene la novela de descarga gratuita [\*Slasher\*](#) y [\*El otro horror\*](#).

Ha sido antologado en *Una cierta alegría en no saber a dónde vamos: cuento en Guanajuato* y *Penumbria año 1*.

Escribe habitualmente para: *Papalotzi*, *Vozed*, *Bicaa' lu* y *Penumbria*.

Escribe porque está frustrado, ya que nunca pudo entrar a la Escuela de Jóvenes Dotados del Profesor Xavier.



W.M.D. cuenta qué sucedería si los mechas, esos robots colosales del anime y el manga, fueran construidos para usarse como armas de destrucción masiva. Mientras el mundo se conmociona ante estos gigantes, dos muchachos, un ladrón de coches y un otaku, idearán la manera de robar un mecha y tripularlo... aunque el militar a cargo del proyecto se enfurezca y no le importe destruir ciudades enteras con tal de recuperar lo que le pertenece.

W.M.D. es además un recorrido por la historia del género mecha, con referencias literarias a Julio Verne (*La casa de vapor*), Edward S. Ellis (*El hombre de vapor de las praderas*) y Oscar Wilde (*El gigante egoísta*), así como un homenaje a la subcultura Otaku, de la que el autor se confiesa un orgulloso miembro.

*Penumbria*  
**PENUMBRIA**

